



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Dylan y Benito

Ricardo Cabrera
Julio 12, de 2020

Todo empezó con una tarde lluviosa, normal en la Ciudad de México, si tomamos en cuenta que llueve prácticamente todos los días. Y aunque el inicio de la historia nos haga recordad la canción de Armando Manzanero: Esta tarde vi llover, nada más alejado de una idea romántica. Por el contrario, es más bien, producto de las condiciones en las cuales el protagonista llegó a esta vida. Nació temprano por la mañana del día en cuestión, detrás de un contenedor de basura, en el mercado de Sonora, no hubo quien se diera cuenta, o si lo hubo, cada cual decidió continuar con sus propios asuntos.

La gente es solidaria cuando se trata de terremotos, pero inmiscuirse con una mujer sucia y en estado tan lamentable como la madre de este nuevo ser humano, eso, eso ya es otra cosa. El padre, podría ser cualquiera de los vagabundos o teporochos que abundan en igual número que los perros famélicos de esa zona. El bebé había sido producto de una copulación, si de un mero acto de encuentro sexual, en el estacionamiento de un Oxxo, escudados por un transformador verde y a plena luz del día. Cuando decimos que nuestra ciudad es grande, me pregunto si esto es una de las cosas que merece tal adjetivo.

El instinto de la mujer recién parida le decía que no estaba bien dejarlo tirado en el lugar mismo en el cual el inocente ser llegó, lo miró detenidamente, era un hermoso bebé, no había duda, como pudo, cortó el cordón umbilical con sus propios dientes, a saber, si la acción era ya aprendida por anteriores alumbramientos o la naturaleza despertaba en ella sentimientos ancestrales. Lo cubrió con un chal sucio, el frío empezaba a calar, los nubarrones anunciaban



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

lluvias; seguramente el niño no vería la mañana siguiente. Lloró desesperado ante la sensación que mordía sus carnes nuevas. Unas gruesas lágrimas cayeron sobre la cara rojiza del bebé.

Como pudo se levantó, deambuló durante algunas horas, llevarlo en su regazo, sentir la tibieza palpitante de la vida de su hijo, eso era nuevo para ella, se sentó en la banca de un parquecito cercano que queda en calzada de la viga, lo amamantó sin delicadeza alguna. El niño se quedó dormido, lo depositó a un lado de ella, el sueño la venció. Su estómago no registraba la entrada de algún bocado desde hacía un par de días, aunado al esfuerzo, su cuerpo se abandonó en un letargo pesado, llenó de demonios urbanos, y caras brutales que aterrorizaban sus noches.

Un par de horas de somnífero sueño reparador, le devolvieron el alma al cuerpo. La lluvia que empezaba a caer, fue la culpable de devolverla a este mundo. El bebé seguía a su lado, comprobó su estado, para su mala suerte, continuaba vivo. Se levantó con él en brazos; caminó entre la gente que se apartaba a su paso, no lo hacían con el mismo respeto que se hace ante un dignatario, era, por considerarla algo despreciable, y que era mejor no tropezarse con ella, algunos la veían con el mismo cariño que a una cagada de perro.

Deambuló por un buen rato, sus pies, calzados con unos zapatos que posiblemente hubieran conocido otros dueños la llevaron hasta el jardín Chiapas, desfalleciente, tomando conciencia del peso en sus brazos, entro a la explanada del hemiciclo al Benemérito, vio las columnas blancas. En el medio de la plaza, cuyo piso semeja un ajedrez, la estatua de Benito Juárez parecía esperarla, la figura de bronce reluciente por la humedad de la lluvia, descansaba una mano sobre un libro abierto. No lo pensó dos veces, colocó su pequeño tamal humano sobre el libro abierto. No hubo besos, caricias, solo se marchó.

Cerca de ahí, en la secundaria Sor Juana Inés, se daba el toque de salida. La marabunta de adolescentes entre doce y quince salieron con la energía propia de



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

sus años, risas, empujones y carreras de los amos temporales de la calle, un grupo de gente menuda, atravesó, igual que todos los días, la explanada a Juárez. El potente chillido, proveniente de algún lugar, captó su atención.

Se cubrían la cabeza, improvisando con su mochila, saltando los charcos que comenzaban a formarse.

—Jajajaja, el agua no preña —Johnny reía, adelantándose al grupo

—No preña, pero moja, wey —Paty le contestó con la voz apurada.

La forma abrupta en la cual se detuvo y los detuvo, Dylan casi hace caer a Noemí.

—¿Oyeron, es alguien llorando? Dylan se dirigió a sus amigos —quienes lo veían con burla.

—Pus es el chamaquito que te hice We —la risa vulgar de sus amigos fue acallada por él.

—Cállense pendejos, es neta, oigo un chamaquito. Dylan intentaba ubicar de donde provenían los chillidos.

Fue Noemí quien lo ubicó primero,

—Ahí, lo tiene don Benito. Ya no hubo risas.

—¡No mames we, está bien chiquito! —Presta, era el baboso de Johnny, con su salida inmadura. Los ojos de Dylan centellearon.

—¡Putá we, como apesta! Está cagado y miado

Sin saber qué hacer, Dylan lo miró con un cierto dejo de ternura, era demasiado pequeño para dejarlo en la calle.

—¿Qué hacemos we? ¿Qué hacemos con el chavito? Ahora se sentían culpables por una responsabilidad que les había caído sin solicitarla.

—¡Me lo voy a llevar a mi casa! ¡Mi mamá se va a emputar, pero ni modo!

—Tas pendejo, Dylan, ahora si te corta los *güevos*, de por sí pensaba que te andas comiendo a la Susy —la risa coreó al que hablaba, aunque más bien era producto de



los nervios que producía la situación. Lo cierto, era que Dylan, había escalado una posición muy por encima de ellos, y la mirada de respeto se hacía presente.

—Neta, wey ¿Te lo vas a llevar?

—Sí, contestó Dylan decidido.

Paty veía al chico de catorce años con un arrobamiento tal que los demás detectaron.

—¡Putra madre! ¡Ya bésalo! Nuevamente Johnny con su salida producto de no saber cómo actuar.

—¡Ya cállate pendejo, abres el hocico nada más para cagarla! —Noemí, lo miraba con verdadero coraje, las dos chicas se acercaron al casi niño que sostenía al bebé entre sus brazos, lo miraba sin asco, era como haberse encontrado un cachorro en plena avenida. Y el que lo encuentra, se lo queda. Es una ley no escrita.

La gente continuaba pasando, cerca de ellos, nadie les ponía atención.

Todos caminaron tras Dylan, nadie se iría sin saber en que terminaría el asunto, el chisme era tan bueno, como la vez que se enteraron que Pablo había sido cachado besando a Toño, cerca de los baños de hombres, pensando que el sitio estaba desierto. Aunque, gracias a ello, ambos adolescentes habían sido aceptados como pareja, claro, después de burlas y escarnios iniciales.

Continuaron caminando por el Eje 2 Oriente hasta llegar a la Avenida del Taller, se perdieron en un grupo de casas, hasta llegar a una de color azul. La casa se veía agradable por fuera, el metro y medio de pasto era cuidado con esmero y dos macetas hechas con sendas latas amarillas de leche nido, eran portadoras de dalias de colores varios.

Fue aquí, frente a su casa, cuando Dylan flaqueó. Esto no pasó inadvertido para los demás. Fue Johnny quien preguntó.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

—¿Ya se te arrugó wey? Aun podemos dejarlo en la casa de alguien y largarnos a la verga. Tú decides —las toscas palabras, carentes de solidaridad de Johnny terminaron por infundirle el valor que parecía abandonar.

—¡Ni madres, ya lo traje! ¡Si ven que mi mamá me putea, aguantan vara pendejos! ¡A quien raje le rompo su madre! Los ojos claros de Dylan brillaban de una forma especial, como fuera, el ya no pertenecía al plano de los adolescentes comunes. Todos reconocían que era un muchacho de ley.

Paty fue la encargada de tocar la puerta. Abrió una mujer joven, de unos treinta años, más parecía la hermana de Dylan que su mamá. Posiblemente, saberse hijo de un padre adolescente que los había abandonado a su suerte cuando su mamá quedó embarazada a sus escasos quince años, movía al chico a sentir apego por el menor entre sus brazos.

—Me lo encontré tirado —los ojos abiertos, semejantes a dos huevos duros, veían a su hijo sosteniendo algo entre sus brazos, su mirada abarcaba a la manada adolescente que lo acompañaba.

—¿Te encontraste qué? Dylan solía llevar cuanto perro, gato, o animal herido encontraba en la calle, lo peor, era tratar de encontrarles acomodo, pues su hijo se encariñaba con ellos con tal fuerza que resultaba una tarea titánica.

—¡Un chavito, doña! —otra vez Johnny. Dylan volteó a verlo con una mirada de ¡Cállate wey, no la cagues, déjame a mí!, su amigo bajo la mirada, intimidado por su líder.

—¿¡Qué encontraron qué!? —la mujer no daba crédito a lo recién escuchado.

—Sí, má, estaba solito en el libro de Don Benito. Y lo trajimos para acá.

—¿¡Dylan, estas pendejo!? Una bofetada con regular intensidad cruzó el rostro del desprevenido chico. Los demás aguantaron, aunque en realidad deseaban salir corriendo. Los ojos de Dylan se humedecieron, pero no lloró, estaba decidido,



continuó parado, estoico, esperando la andanada de insultos, golpes o lo que se atravesara. Pero él, no se movería.

Entro a la casa, apartando a su madre que seguía recriminándolo ante los cada vez más mortificados jóvenes que seguían parado a la entrada de la puerta.

La pequeña sala, con mobiliario de segunda mano, muebles cubiertos por sábanas estampadas, y en el fondo un pequeño comedor con un florero botijón, las paredes blancas, cuidadas, adornadas con cuadros pintados sobre ellas mismas, producto de las manos del muchacho. Se agachó y depositó al bebé sobre el sillón, volteó para ver al resto de los chicos, les hizo una señal para que pasaran. Solo Johnny se quedó fuera. Se sentía incómodo, fuera de lugar.

—¿Qué esperas wey? —fue el reclamo de Paty, sin más remedio se apretujó en la pequeña salita. La limpieza del lugar

—Yo, yo... les dije que no lo trajeran señora... —Johnny se entrometió.

—Cállate pinche wey ¿Quién te está preguntando? —otra cachetada dio colofón a las palabras de Dylan.

—¡Ya, má, bájele!, ya van dos y esta me dolió más —decía, mientras se sobaba la enrojecida mejilla.

—¡No me gusta que hables como un pelado! —el silencio entre todos era aplastante, sin embargo, era claro que no serían y abandonarían a Dylan a su suerte. Comenzaron a ocupar posiciones en los demás lugares disponibles, semejaban hienas esperando que un ñu saliera de la barriga de la madre.

—¡Ta bueno má, no quieres que el niño este aquí! ¡Ya entendí! —tomó el envoltorio y se salió con él a la entrada de su casa. La lluvia ya había arreciado, colocó el bebé sobre el raspador de calzado y cerró la puerta. Todos lo veían como si estuviera loco.

—¿¡Qué haces, grandísimo pedazo de animal!? —la mujer se precipitó en busca del bebé que lloraba desesperado por el frío del agua.



—¡Ya, ya chiquito! Una sonrisa apareció en el adolescente, los chicos no pudieron evitar unírsele, Dylan, era el mismísimo diablo, pensaron todos ellos.

La mujer se perdió en una de las habitaciones, todos se quedaron esperando en la sala.

—¡Aguanten! —dijo Dylan casi en un susurro. —uno, dos, tres...

—¡Dylan! ¡Pon agua a calentar! y dile a doña Chona que te preste una tina o algo! — el chamaco se agolpeó a un lado de la cabeza con un dedo, mientras reía.

—¡Esperen aquí, ahora regreso! ¡Me cojo al que se vaya! —dijo, haciendo una señal obscena.

—¡Ay, pues entonces me voy! —el payaso había entrado en acción, volvieron la mirada hacia Johnny quien veía a Dylan con ojos de fingida ensoñación. Las carcajadas no se hicieron esperar. Hasta Dylan tuvo que reconocer en Johnny, a un comediante nato.

Después de un buen rato, el bebé lucía completamente diferente, limpio, perfumado, con el olor característico de los recién nacidos. Todos se peleaban la tenencia dl menor, cada uno quería tenerlo en sus brazos.

Dylan lo acunó en forma torpe entre sus brazos, se sentó a un lado de Paty, quien continuaba viéndolo con admiración desbordada. Dylan le parecía la visión más hermosa de la cual hubiera sido testigo en su corta vida.

—¿Ya estás contento Benito? —la mirada de todos mostró sorpresa al escucharlo.

—¿Benito? —preguntó su madre.

—Don Benito lo tenía sobre su libro, seguramente ya hasta lo anotó ahí —era incorregible, su hijo era incorregible, pensó la madre, pero verlo ahí, sentado con el niño en brazos, merecía la misma mirado con la seguía viéndolo Paty.

—Hijo, no podemos quedárnoslo, está muy chiquito.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

—¿Qué no? Alguien lo dejó ahí, estaba en la calle, yo lo encontré, es mío —Era inútil discutir con él, al menos no por el momento. Estaba lloviendo y ciertamente no lo podría sacar de su casa.

—Ya doña, déjelo que se quede, ya mañana lo bota, en cuanto Dylan no lo quiera.

—¡Puras pendejadas dices, we! —esta vez fue un cocotazo, acomodado en la cabeza, justo donde el dolor parece multiplicarse.

—¿Otro, má? ¿Me va dejar menso? ¿A poco quiere un hijo como el Johnny? — las carcajadas cerraron el día. Benito había encontrado acomodo de manera fortuita, su historia estaba por escribirse, habría que esperar al día siguiente para saber que continuaría en su página...